



TÚ ME OBLIGASTE

ERICA C. MORALES



TÚ ME OBLIGASTE

ERICA C. MORALES

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: *Tú me obligaste*.

© Erica Morales Cánovas, febrero 2021.

Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (Adyma Design).

*Dedicada a todas aquellas personas
que necesitan la fuerza para alcanzar la libertad.*

ÍNDICE

[Sinopsis](#)
[Tú me obligaste](#)
[Biografía](#)

Sinopsis

El matrimonio de Jorge y Ruth pende de un hilo. Los problemas con el sexo de su marido exigen que Ruth se muestre sumisa tolerando sus exigencias, aunque ello suponga ceder a humillaciones y a un maltrato psicológico constante.

Cuando Omar se convierte en parte de la relación, Ruth descubre que la libertad que tanto ansía está a su alcance.

¿Puede una noche de pasión convertirse en la vía de escape de una vida infeliz? Descúbrelo en el relato Tú me obligaste y aprende a decir no.

Tú me obligaste

Cuando Ruth terminó de poner la mesa maldijo que su marido no le hubiera avisado de que esa noche tendrían visita. Estaba cansada, no quería cocinar para nadie y ahora debía hacerlo para los tres compañeros de trabajo de su marido. Con los años, Jorge se había convertido en un hombre impulsivo, ya no era aquel hombre del que se enamoró.

Jorge sostuvo su teléfono meditando durante unos segundos. Quería que su mujer luciera especialmente hermosa aquella noche. Dudó entre si pedirle que se pusiera el vestido negro ajustado o el semitransparente. Optó por la primera opción y así se lo hizo saber a su hastiada esposa.

Durante la cena fueron muchos los elogios que Ruth recibió de sus tres invitados, tantos eran los halagos que sintió que aquellos desconocidos estaban compitiendo por ganarse su aprobación. Jorge, que presidía la mesa, se mostraba satisfecho de lo que estaba sucediendo premiándose a sí mismo al ver que su plan estaba funcionando. Cuando se casó con Ruth lo hizo creyendo que sus vidas cambiarían. Que el sexo sería más placentero y que su vida se convertiría en una aventura. Mas los años convirtieron a la pareja en un matrimonio insustancial. Su vida se hundía en la monotonía arrastrando a su matrimonio. El sexo se había vuelto aburrido. Se acostaba con Ruth más por obligación que por deseo.

Imaginar la escena le excitó sobremanera. Sí, quería ver como otro hombre se follaba a su mujer, quería ver como ella se corría. La imagen le resultó tan dantesca que allí mismo, tomó a su mujer hasta quedarse satisfecho.

Después de aquella noche, no volvieron a hablar de un posible intercambio de parejas. A Jorge le bastaba imaginarse a su mujer en manos de otro para excitarse. Fue así como las noches de sexo dejaron de volverse aburridas y taciturnas. Al menos hasta que Jorge volvió a sentir una ansiedad que le corroía. Siempre quería más, ambicionaba dar un paso que hiciera que follarse a su mujer fuese más oscuro. Había comprobado que le excitaba ver a mujeres practicando sexo entre ellas. La posibilidad de hacer un trío con una mujer se convirtió en su obsesión.

Ruth sabía que su marido estaba cambiando. Su actitud para con el sexo rozaba la depravación. Una noche, mientras doblaba ropa, Jorge le sorprendió con un kit para iniciarse en el mundo de las perversiones. No quería verse atada e incapacitada para hablar o moverse. Tampoco que Jorge la hiciese daño. No podía entender que algo tan sucio pudiera excitarlo, mas no se resistió. Su marido ya le había amenazado con dejarla si no se rendía a sus exigencias. No quería perderlo, estaba enamorada de él. Esa noche junto sus manos permitiendo que Jorge cerrara las esposas. Cuando apenas había empezado a andar, su marido la fustigó con un látigo que la hizo tambalearse sobre sus tacones de aguja. Para que no cayese, Jorge la sujeto con firmeza del pelo advirtiéndola de que si no hacía lo que él quería tendría que castigarla. Ruth se acostumbró al dolor y las continuas humillaciones. Cuando Jorge se corría sobre ella rezaba para que aquello acabara, para que esa perversión diera lugar a otra en la que el dolor no tuviera cabida.

Jorge sabía que a su mujer no le excitaba que la sometiese. Nunca estaba dispuesta a pelear ni a obligarlo a él a ocupar su lugar. Buscó en internet algo que su mujer pudiera aceptar, algo menos sucio, menos peligroso.

—Deberíamos hacer un trío. Hay una chica en mi oficina que alardea constantemente de darle vida a un matrimonio que estaba barajando divorciarse y ahora son más felices que nunca—manipuló Jorge.

—¿Crees que metiendo a una mujer en nuestra cama nuestro matrimonio irá mejor? No sé en qué te basas para pensar una cosa así.

—Necesito aventura, Ruth. Vivir cosas nuevas. Entrar en casa feliz porque sé que tengo una mujer que comprende mis necesidades. El sexo es una parte importante en una relación, debes abrir la mente. Aceptar que podemos ir más allá. El sexo puede ser muy placentero si te saltas las normas, al menos de vez en cuando. ¿Acaso quieres que nos divorciemos?

No, Ruth no quería pasar por un divorcio por lo que acepto tener un trío, solo necesitaba tiempo para asimilarlo. Una noche, después de la cena, Jorge le propuso un juego a su esposa. Primero le mostró la imagen de una mujer rubia, despampanante y más joven que ella. Jorge pronunció su proposición.

—Sé que quieres ir despacio, así que he pensado que esta noche podríamos acostarnos pronto y jugar un poco. Quiero que esta noche, cuando te toque, cuando haga que te corras pienses que es ella quien lo está haciendo. Yo haré lo mismo, así normalizaremos que otra persona este en nuestra cama. No me digas que no, Ruth, estoy haciendo esto por nuestro matrimonio. ¿Acaso no me quieres?

Ante la debilidad de Ruth, Jorge se mostró más fuerte consiguiendo que aquella noche su mujer cediera a uno de sus juegos con el que dar alas al hombre depravado en el que se estaba convirtiendo. El sexo era su único pensamiento y siempre, siempre quería más. Nada calmaba su sed.

Esa misma noche, después de la cena tras despedir a sus invitados, Jorge cogió en brazos a su mujer y se la llevó a la cama. No podía dejar de imaginar cómo reaccionaría el cuerpo de su esposa siendo follada por sus tres invitados. Durante la cena había fantaseado con que la tomaban allí mismo, frente a él. Al recordarlo penetró a Ruth que aun no estaba preparada para recibirlo haciendo que su cuerpo se contrajese.

—Me encanta cuando estás tan cerrada, así puedo darme el gusto de ser yo quien te abra. Vamos, relájate y disfruta. Imagínate cuando uno de esos tres este aquí, con nosotros. Fantasea con ellos y dime a quien eliges para hacer el trío. Me lo prometiste, Ruth. Me lo prometiste—insistió en recordarle con cada empujón.

A la mañana siguiente, Jorge salió unos minutos antes hacia la oficina. Sabía que encontraría a Omar en su despacho sin su secretaria husmeando. Llamó a la puerta luciendo una sonrisa que a Omar le dio escalofríos. Sabía que estaba haciendo allí, él era el ganador del trofeo. Así llamaba Jorge a su mujer. Era tan despectivo y humillante que Omar sintió náuseas. Quería decirle que no, que se negaba a ser partícipe de ese juego con el que Ruth no estaba de acuerdo. Jorge alardeaba del poder que tenía sobre su esposa humillándola frente a compañeros y desconocidos despertando en Omar la necesidad de ayudarla a dejar esa vida infeliz. Si bien, Ruth no parecía recordarle, él no había dejado de pensar en ella desde que la conoció en la universidad. Apenas mantuvieron contacto, suficiente para que Omar buscara en cualquier mujer a Ruth.

—¡Eh, tío! ¿Me estás escuchando? —Jorge reclamaba atención—. Ruth quiere que seas tú. Será esta noche, no voy a permitir que se eche atrás. ¡Ah, una última advertencia! Puedes hacerle a mi mujer lo que quieras, pero no se te ocurra acercarte a mí.

—Descuida—respondió invitándolo a salir de su despacho.

Ruth llegó a casa dispuesta a darse un baño de espuma. Estaba agotada. Sentía tanta presión que necesitaba estar sola, aunque solo fueran durante un par de horas. Al entrar en el salón su marido le dio la bienvenida ofreciéndola una copa de vino. Omar se mostró educado levantándose del sofá para saludarla. *¿Qué estaba haciendo allí?* Se preguntó. *¿Será hoy? ¿Será esta noche?*

No habían hablado de una fecha en concreta, ni siquiera habían discutido sobre los detalles que necesitaba tratar. No iba a permitir que un desconocido se propasara. *¿Qué estoy diciendo? He permitido que mi marido meta a un hombre en nuestra cama, he sucumbido a ser parte de un juego sucio en el que no soy más que un cuerpo que utilizaran para su disfrute. No quiero perder a Jorge, no quiero perderlo, pero no sé si podré con esto.*

—No podemos decirle que se vaya, ¿qué pensarían de mí en la oficina? —discutió.

—¿Cuentas nuestras intimidades en el trabajo? —preguntó avergonzada.

—Ya sabes, a los hombres nos gusta hablar de nuestras hazañas. Hablar de sexo entre colegas es lo normal, no te preocupes. Ninguno de mis compañeros te conoce y los dos que te vieron anoche te olvidaron en cuanto los rechazaste.

Ruth entró en el dormitorio con el picardías que su marido había elegido para ella. Cuando cerró la puerta supo que había perdido su dignidad para siempre.

A la mañana siguiente, Ruth se levantó temprano. Quería salir de su apartamento antes de que su marido se despertara. Después de la noche que habían vivido prefería no mirarlo a la cara. Se sentía avergonzaba por haberse entregado a Omar. Un hombre que la había hecho disfrutar más de lo que jamás había hecho su marido. Jorge la había hecho creer que no era buena en el sexo, mas en brazos de Omar descubrió que el sexo no era el problema, si no el compañero con quien compartía sus noches.

Para hacer el menor ruido posible cubrió su cuerpo desnudo con una vieja sudadera. Descalza caminó hasta la cocina con intención de servirse un café cargado. Al descubrir la cafetera en manos de Omar se ruborizó.

—Me serviré un café y me marcharé. No era mi intención incomodarte—dijo sirviendo un segundo café. —Ruth, yo... da igual, no importa. Será mejor que me marche.

Cuando Jorge despertó, su mujer ya no estaba en casa. Aquello le dio la oportunidad de recordar, con todo lujo de detalles, lo que había sucedido la noche anterior bajo la ducha. Al salir de casa, en el trayecto hacia la oficina no podía dejar de pensar en todas las aventuras que habían vivido en los últimos meses. Todo empezó una mañana. Mientras tomaba café antes de entrar a trabajar un artículo del periódico le dio la solución que tanto ansiaba. Eran adultos y aunque él la quería necesitaba emoción en su vida. Aquella misma noche, al regresar del trabajo y durante la cena, Jorge le propuso ir a un club de intercambio de parejas. Ruth se negó tácitamente. Intentó por todos los medios que su mujer aceptara, sin éxito. *Tenía que haberla amenazado con el divorcio, no se habría negado. Quizá, ahora que ha aceptado meter a un hombre en su cama, podría volver a proponérselo.*

Ruth hizo lo imposible por concentrarse en el trabajo, mas fracasó en cada intento. Cogió su teléfono, necesitaba quedar con sus amigas. Salir de esa casa, aunque solo fuera durante unas horas. En la pantalla, descubrió un par de llamadas perdidas de un número desconocido. Cuando se disponía a escribir a sus amigas una tercera llamada la interrumpió. Ruth respondió dispuesta a descubrir al remitente. Omar respondió al otro lado de la línea rogando para que no rechazara su llamada. Ruth aceptó, quería saber porque la estaba llamando y volver a hablar con el hombre que le había regalado la noche de sexo perfecta. A la hora de la comida quedaron en verse en una cafetería cercana. Ruth sintió que, por primera vez en su vida, estaba siendo la protagonista de su propia aventura. Tomó asiento alejándose del gran ventanal fingiendo ser la amante del hombre que entraba por la puerta.

Omar se sentó frente a ella tras saludarla con un beso en la mejilla. No fue algo premeditado, al verla sintió la necesidad de volver a tenerla entre sus brazos, mas contuvo las ganas. El momento de hablar había llegado y Omar no sabía como enfrentarse a la asustadiza mujer que

tenía frente a él. Ruth exigió una explicación, al no llegar, se dispuso a levantarse abandonando a su acompañante. Omar se interpuso en su camino sujetando su mano con suavidad.

—Lo siento, no sé por donde empezar. Imaginaba que sería más fácil pedirte que dejes a tu marido. Jorge no te respeta, es un depravado que siempre querrá más. No permitas que te siga humillando.

—¿Y qué quieres? ¿Qué huya contigo y vivamos un amor de película? Lo que pasó anoche entre nosotros no significó nada y no volverá a repetirse—espetó ella a la defensiva.

—No quiero que huyas conmigo, solo que dejes esa vida en la que no eres feliz. ¿De verdad crees que no volverá a repetirse? No conmigo, yo solo era un cebo para que ahora no pudieras negarte a acostarte con una mujer. Lo tenía todo planeado, ¿sabes que hará si te niegas? Amenazará con dejarte, con pedirte el divorcio. ¿Me equivoco?

Ruth sabía que su marido la estaba manipulando. No era la primera vez que se mostraba sumisa. En su infancia y durante su juventud permitió que su tía, con quien se había criado, dispusiera de su herencia a su antojo. La había amenazado con echarla de casa abandonándola en un orfanato. Se acostumbró a vivir con el temor de ser abandonado hasta aceptar que de suceder la culpa sería solo suya.

¿Qué podía hacer por ella si se negaba a abandonarlo? Si le contara la verdad, si desvelara que no es un desconocido del que sospechar, encontraría la manera de devolverle todo aquello que Jorge le robó al casarse con él.

—¿Por qué no vuelves a Barcelona? Tu vida siempre ha estado allí. Ya sé que tu tía murió, pero tienes amigos y compañeros de trabajo que te echarán de menos. ¡Tienes tu casa! —exclamó desesperado.

—¿Qué significa todo esto? ¿Cómo sabes que yo...? Jorge no sabe que tengo una casa en Barcelona. ¿Cómo es posible que tú sepas todo esto? —pregunto aterrada hasta que Omar le mostró su cicatriz—. ¿Eres tú? ¡No puedo creerlo! Pensaba que vivías en Alemania y que te habías casado.

Ruth rememoró la mañana del accidente en la que conoció a Omar. El asfalto estaba mojado, frenó todo cuanto su moto le permitió, mas no fue suficiente para evitar el atropello. La ambulancia los llevó a ambos al hospital más cercano. Dos horas después, la prometida de Omar apareció en la sala de urgencias hablando por teléfono intentando anular los billetes de avión que debería llevarlos a Alemania.

—Me fui con Ada dos días más tarde de lo previsto. Nuestra relación iba bien, sí, tenía planes de boda. Alemania lo cambió todo, especialmente a Ada. Cuando descubrí que me estaba engañando regresé a Barcelona y pedí el traslado. Fue así como me instale en Madrid hace ya diez años—reveló para calma de Ruth—. Me gustaría volver a verte, si me dices que si no volveré a hablarte de Jorge ni de tu matrimonio. No pretendo inmiscuirme en tu vida, solo quiero que seas feliz.

A aquel café le siguieron muchos otros. Cuanto más tiempo pasaban juntos aumentaba la necesidad de volver a verse. Omar se descubrió enamorado de Ruth una noche de cena y película. Aunque sabían que era peligroso, Ruth permitió que la acompañase hasta las inmediaciones de su casa. Para Jorge, esa noche solo era un reencuentro más con sus amigas. Si bien había empezado a sospechar que su mujer le ocultaba algo, supo que no sería capaz de engañarlo. La tenía tan sometida que estaba seguro de que jamás lo abandonaría. Cuando Ruth entró en el pequeño apartamento descubrió que Jorge estaba despierto, esperándola. Eso solo podía significar una cosa. Al entrar en su dormitorio obviando el beso apasionado de su marido descubrió sus intenciones. Sobre las sábanas la esperaba la mujer rubia que Jorge la había mostrado meses

atrás. Jorge, a su lado, sostenía un conjunto de lencería transparente. Omar tenía razón, solo era un truco para conseguir su botín. Jorge no quería tener aventuras con ella, solo quería follarse a la rubia semidesnuda que había en su cama. Disculpándose con la excusa de ir en busca de una botella de champán dejó el apartamento en medio de la noche. Caminó durante horas sin rumbo, sin saber a quien acudir para pedir ayuda. Inevitablemente pensó en él. Cuando encendió su teléfono descubrió las llamadas y mensajes de su marido exigiendo que regresara bajo una nueva amenaza de abandono. Agotada decidió pasar la noche en el hotel que estaba frente a ella. Evitó usar la tarjeta, no quería que su marido descubriera donde se escondía.

A la mañana siguiente, Jorge llegó al trabajo alardeando de su noche. Había metido en su cama a la mujer más atractiva de toda la oficina. Cuando Omar escuchó su relato volvió a su despacho, necesitaba hablar con Ruth. Cuando estaba a punto de marcar el último número, Jorge lo interrumpió para solo a él desvelarle la única verdad. Ruth lo había abandonado en medio de la noche obligándolo a renunciar a su aventura.

—Podría haberme tirado a esa furcia y lo habría echo si con ello no le diera un motivo a Ruth para que me abandone. No voy a permitir que un polvo destruya mi matrimonio.

Omar asintió para omitir lo que realmente pensaba. No era necesario ningún polvo para destruir un matrimonio que ya estaba acabado. Ruth ya había contactado con una abogada, era cuestión de tiempo que le entregara el acuerdo de divorcio.

Ruth regresó al mediodía a sabiendas de que en su apartamento no habría nadie. Marisa, su mejor amiga la acompañaba. No quería dejarla sola, no en ese estado. Al abrir los armarios, sin prestarle atención a qué guardaban y cómo, hicieron las maletas hasta que no hubo una sola prenda. En un par de cajas guardó sus recuerdos. Si, toda su vida cabía en unas cajas y un juego de maletas. Ruth creyó que lloraría, que al dejar el acuerdo de divorcio sobre la mesa de café un nudo se alojaría en su estómago. Nada de aquello sucedió. Cuando cerró la puerta se sintió libre para volver a empezar.

A la hora acordada, Omar puso rumbo a la cafetería en la que Ruth lo había citado. Llevaba toda la mañana intentando llamarla, pero lo que no había interrumpido el trabajo lo había hecho Jorge. Por primera vez en años se mostraba realmente preocupado por su mujer. No había ido al trabajo, en la cuenta que tenían en común no había movimientos y su teléfono estaba apagado. Omar compartía con él la misma preocupación hasta que recibió un mensaje de un número desconocido que lo instaba a reunirse con ella lejos de donde solían verse. Puntual tomó asiento alejado del ventanal, en el espacio que resultaba más íntimo. A pesar de que no estaban haciendo nada malo, Ruth sentía la necesidad de esconderse. No quería ser descubierta porque no quería renunciar a la amistad que Omar le había brindado.

Al entrar en la cafetería supo donde podría encontrarlo. Camino hacia él y cuando lo tuvo delante no pudo evitar abrazarlo. Omar sabía a que se debía aquella novedad. Ella nunca lo había tocado, evitaba hasta el más ínfimo contacto para respetar a su marido. *Yo no soy como él*, le respondió una tarde de paseo cuando él insistió en que podía relajarse. Ahora que lo estaba abrazando sentía su libertad como suya propia. Apaciguando la necesidad de besarla, se limitó a sonreír.

—Me he ido de casa, voy a vivir con mi amiga Marisa hasta que acepten mi traslado a Barcelona—reveló sin esperar ser preguntada—. Cuando llegue a casa se encontrará con los papeles del divorcio y mi armario vacío. Me he llevado todas mis cosas, he cambiado mi número de teléfono y abierto una nueva cuenta. Apenas cuento con unos ahorros y mi nómina, pero no me importa. Lo que sucedió anoche fue...

—Lo sé, me lo ha contado. No sé por qué, pero confía en mí—explicó él hasta desvelarle

todo lo sucedido en la oficina—. No quiere darte un motivo para que te divorcies, como si no los tuvieras ya.

—No voy a seguir viviendo en esa mentira. Me pidió matrimonio para asegurarse de que me tenía solo para él. Siento que me ha mentado desde el día que nos conocimos y ya ni siquiera me importa. He aprendido a desenamorarme de él. Ni siquiera me duele haberlo abandonado.

Hacia dos meses que Ruth lo había abandonado, más de sesenta días sumido en la más profunda tristeza. En la oficina nadie lo reconocía, ya no era aquel tipo que siempre estaba bromeando. El sexo ya no le importaba, había renunciado a las mujeres, al alcohol y hasta la vida. Sin ella se sentía solo, incompleto. Tenía que recuperarla y solo tenía una oportunidad. Sus amigas la tenían tan protegida que ninguna le había permitido verla. Incluso en el trabajo, seguridad estaba advertida para no permitirle la entrada. No tuvo más remedio que rendirse, Ruth había pasado página y él no estaba en su futuro. Al entrar en el despacho de su abogado procuró mostrarse firme, sin embargo, perdió la compostura en cuanto la vislumbró al otro lado de la mesa. Tuvo que insistir más de diez veces para que aceptara quedarse a solas con él. Necesitaba una explicación, necesitaba saber por qué lo había abandonado.

—¡Tú me obligaste! ¡Tú y tu necesidad enfermiza de someterme, de manipularme, de humillarme! Tú me obligaste, Jorge. Solo tú. —Ruth inspiró hondo para transmitirle serenidad y coraje—. Firma los papeles y me tendrás fuera de tu vida para siempre. Ahora podrás hacer todo lo que yo no acepté, sin mí podrás ser feliz.

—No puedes dejarme, Ruth. Yo... yo te quiero. Te juro que voy a cambiar, haremos las cosas a tu manera. Iremos a terapia, contrataré a un especialista para que me borre esas mierdas de la cabeza, pero no me abandones. ¿Qué voy a hacer sin ti? —Jorge vio la oportunidad que estaba buscando en las lágrimas de Ruth—. Si me dejas, me suicidaré. Mi muerte pesará sobre tus hombros y no te permitirá ser feliz. ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué me mate?

—Lo único que quiero es que firmes los papeles para poder sacarte de mi vida para siempre. Deja de intentar manipularme porque no lo vas a lograr, ya no tienes ese poder sobre mí—sentenció haciendo llamar a su abogada.

Aunque habían mantenido el contacto, Omar y Ruth no habían vuelto a verse desde que ella se mudó a Barcelona. Nervioso, se secó el sudor de las manos en los vaqueros. Si había regresado a la ciudad condal era por ella. No podía soportar un minuto más sin estar a su lado. Estaba dispuesto a aceptar un no si permitía que siguieran siendo amigos. Ante todo, pensaba en su felicidad. Ruth se lo merecía, ya había sufrido bastante.

Al verlo salir de la estación, Ruth corrió a abrazarlo. Había fantaseado tantas veces con que él venía a buscarla que cuando supo que se mudaría a su misma ciudad se llenó de esperanza. Anoche soñó como la tomaba entre sus brazos, alzándola del suelo, haciéndola volar sintiéndose libre a su lado. Soñó que la besaría. Soñó con él desnudo, tumbado sobre ella haciéndole el amor como si fuera la primera vez. Nada de aquello sucedió, después de un abrazo de bienvenida ambos caminaron manteniendo la distancia hasta que llegaron a la casa de él.

—Esta noche vamos a celebrar tu regreso. Vendrán unos amigos de la universidad, seguro que los recuerdas—asintió ella feliz.

Omar eligió un traje demasiado elegante para una reunión informal entre amigos. Quería verse apuesto para así copar toda la atención de Ruth sin saber que ya lo había conseguido sin necesidad de esforzarse. Unas calles más abajo, Ruth imitaba a su invitado estrella eligiendo un vestido ideal para la ocasión. No iba a ser una cena cualquiera entre amigos. Lo había organizado todo para que estuvieran solos confiando en que la intimidad fuese suficiente para que uno de los

dos diera el paso de besar al otro.

Omar llegó puntual como ya lo había hecho en cada cita que había tenido con la mujer que amaba en secreto. Portaba un pequeño ramo de flores para ella y una botella de vino que compartir con el resto de invitados. Al entrar en el salón se descubrió a solas con ella, en el apartamento no había nadie más, salvo ellos dos.

—¿Y tus invitados? —preguntó aceptando el juego.

—Hace mucho que no nos vemos y había pensado que podríamos aprovechar la noche para recuperar el tiempo perdido.

—Vas a tener que darme más pistas, ¿a qué te refieres? ¿A retomar nuestras citas a escondidas? Tendrás que ser más concreta.

Ruth no respondió. Primero le arrebató el ramo de flores tomándose su tiempo colocándolo en el jarrón adecuado. Después descorchó la botella de vino invitándolo a brindar con ella. *Por esta noche*, dijo ella. *Por recuperar el tiempo perdido*, añadió él. Ahora que el vino le había dado el valor que necesitaba podía dejarse llevar por su pequeña provocación. No esperó a que él la abrazara, ni siquiera precisaba que la alzara por los aires para hacerla sentir libre. Era libre, lo era con él a su lado. Besándolo con arraigo atravesaron el pasillo hasta que ambos cuerpos cayeron sobre las sábanas.

—¿Preparado para nuestra segunda primera vez?—preguntó desnudándose sin pudor.

No hubo respuesta a aquella pregunta, no fue necesaria. Sus cuerpos conectaron en cuanto sus pieles se rozaron formando un equipo en el que solo tenían cabida ellos dos.

Jorge salió de la consulta del psicólogo con una sola misión. Comprar ese bote de pastillas que tanto le había costado conseguir. De regreso a su apartamento compró un par de botellas de whisky y un par de sellos. Esa noche debía escribir un par de cartas. La primera sería remitida a su abogado especificándole que hacer con todo su patrimonio. La segunda, para ella. Necesitaba pedirle perdón antes de ponerle fin a su patética vida. Cuando terminó de redactarlas bajó a la calle por última vez para lanzar las cartas al buzón de correos. Al regresar a su apartamento buscó sus fotos de boda. Ruth las había dejado en el apartamento abandonadas, confirmando su intención de olvidarlo.

—Yo te obligué—susurró junto a la foto.

Apenas le quedaban un par de pastillas y la primera botella de whisky ya se había terminado. Dejó las pastillas, sabía que no eran necesarias ni una más para cumplir con su propósito. En el dormitorio, acompañado por el álbum y la segunda botella se dejó caer en la cama en la que tantas noches había sometido a su mujer. Las sábanas ya habían perdido su perfume. Su esencia se había perdido y de no ser por las fotos no tendría nada a lo que aferrarse. Agotado permitió que el sueño lo venciera cerrando los ojos por última vez. Mientras una vida se apagaba en Madrid otra se habría camino en la ciudad condal.

Al regresar del hospital con su primer hijo, la pareja encontró su buzón atestado de felicitaciones, avisos del banco y una carta desde un despacho de abogados en Madrid. Al leer la notificación para que acudiese a la lectura de un testamento supo que se trataba de él, de su ex marido. No había tenido noticias suyas desde que accedió a la firma del divorcio. Nunca le creyó con la valentía para cometer una locura como esa. Jorge era un hombre débil que guardaba en su fuero interno miedos que nadie, salvo Ruth podían acallar dejándose hundir. Jorge combatía su dolor infringiéndoselo a otros. Fue así como se conmutó en ese hombre del que Ruth jamás se hubiese enamorado.

La mañana de la lectura del testamento, Ruth tomó asiento donde se le indicó a sabiendas de que al salir de allí volvería con su familia que esperaban su regreso en un parque cercano.

Aquello no se hizo esperar. Ruth volvió con su familia después de haber rechazado una herencia con una carta entre las manos que dejó caer sobre una papelera cercana. Omar, que había visto el gesto de su mujer optó por caminar a su lado en silencio permitiendo que se despidiera de su ex marido a su manera. Ruth no necesitaba una despedida. La noche que salió de su apartamento dijo adiós para siempre. En la carta solo podía encontrar dos despedidas. Una en la que Jorge volvía a manipularla culpándola de su muerte. *Ya no tienes ese poder sobre mí, Jorge. Tú me obligaste a olvidarte*, se dijo para sí. También cabía la posibilidad de leer la más sincera de las disculpas, un perdón que llegaba años tarde. En otras circunstancias podrían haber sido felices, formar una familia, envejecer juntos.

En la estación, Ruth se detuvo unos segundos alzando su vista hacia el cielo. *Tú me obligaste*, susurró antes de volver junto a su familia.

Biografía

Erica C. Morales es una madreña asentada en un pequeño municipio de Guadalajara donde resurgió su pasión por la escritura. Después de ser parte del mundo editorial con sus tres primeras novelas y haber participado en cuantiosas antologías, en 2021 se aventura con la experiencia de la autopublicación.

Si no quieres perderte su trayectoria puedes seguirla en redes sociales:

Instagram: @ericacmorales

Facebook: @ericacnovasescritora